

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CIL.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, MAYO 15 DE 1875.

{ NUM. 84.

HONRADEZ Y PICARDIA.

[Concluye.]

Nicolás llegó al día siguiente á Madrid, estenuado de hambre y de fatiga. Al entrar en la capital creyó que llegaba al término de sus penas, y esta misma creencia le habia hecho soportar con valor las privaciones del camino; ¡vana esperanza! Mas de dos horas anduvo por las calles sin encontrar quien hiciese caso de él. En algunas partes aun antes que abriese la boca, ya le decian: «Perdone vd. por Dios, hermano» y en otras, cuando se ofrecia por criado, mancebo ó aprendiz, contestaban que no les hacia falta.

Cada vez mas apesadumbrado, sin saber ya qué hacer y sintiendo que las fuerzas le faltaban, se dejó caer desfallecido sobre un escalon de los soportales de la Plaza Mayor. De sus abatidos ojos corrían dos arroyos de lágrimas y ardientes suspiros se exhalaban de su pecho.

—Dios mio! exclamaba, ¿me he de morir sin auxilio alguno sobre esta piedra? ¡Ah! si vendiese este alfiler que vale tanto dinero, no me faltaria que comer, ni donde hospedarme..... ¡Ah! Nicolás, qué mal pensamiento! ¿Pues no sabes que esa alhaja no es tuya? ¡Oh! no, primero morir.

Todo forastero que llega á Madrid sin mas espe-

ranza que en su buena suerte, está seguro de recibir los primeros auxilios de parte de algun paisano suyo ya establecido en la capital. Esta circunstancia no podia faltar al pobre Nicolás, cuyas lágrimas y actitud atraieron hácia él la atencion de un hombre, ya de alguna edad, pero de benévolo semblante. Este sugeto, conociendo por el traje del niño que evidentemente era un paisanito suyo, se acercó á él, le hizo algunas preguntas y no tardó en saber toda la verdad.

—Ven conmigo, amiguito, le dijo: restaurarás primero las fuerzas y despues hablaremos: con tal que tengas buena conducta, como yo así lo creo, el trabajo no te ha de faltar.

Nicolás se levantó y siguió á su protector hasta la mas próxima pastelería, donde despues de haber tomado algun refrigerio, pasó desde el extremo dolor á todas las dulzuras de la esperanza. Ya se prometia con ayuda de Dios ser siempre buen muchacho, y muy trabajador. En este caso ¿qué mas podia desear?

Contó á su paisano todas sus aventuras, sin ocultarle la menor circunstancia, y cuando le habló de la joya, de su negativa á venderla y del designio que tenia de buscar á su dueño para volvérsela, le dijo, apretándole afectuosamente la mano:

—Bien, Nicolás, bien: Dios no te dejará sin recompensa. Yo no entiendo de pedrería, ni de alhajas; pero creo que esa es de mucho valor y pronto saldremos de la duda, preguntádoselo á un platero. Ahora te vendrás conmigo á casa, porque no sé diga que yo he dejado á un paisano en medio de la calle, y mañana depositaremos ese diamante en manos de la justicia, hasta ver si parece su dueño.

Nicolás era naturalmente agradecido, así es que abrazó á su paisano, llamándole su salvador y su padre. No hay que preguntar si pasó buena noche y si tuvo felices sueños: hacia mucho tiempo que suspiraba en pos de la felicidad, y esa ya la habia conseguido, puesto que la felicidad para él consistia en ganar honradamente su vida por medio del trabajo.

Al otro día por la mañana, Nicolás y su protector fueron á casa de un platero, que despues de haber examinado el brillante, declaró que valia por lo ménos veinte mil reales; pero admirado de ver semejante alhaja en manos de un niño, le hizo mil preguntas acerca del modo que habia tenido de venir á sus manos. También preguntó al paisano de Nicolás, pero no pudo obtener de él mas respuesta que lo que el niño habia dicho.

No bien habian salido de casa del platero, cuan-

do éste se arrepintió de no haber retenido el diamante.

—Esos sugetos, decía, tienen traza de hombres de bien, pero no es la vez primera que las apariencias engañan. Me han dado las señas de su casa, pero ¿quién sabe si serán falsas? ¡Oh! he hecho muy mal, pues debía haber retenido esa joya: veamos si se puede todavía remediar este descuido.

Tomando el sombrero y el bastón, se fué en seguida á hablar al jefe político, que en vista de los informes del platero, mandó prender á Nicolás y al que le acompañaba donde quiera que los encontrasen.

Daba la casualidad, de que pocos días ántes se había hecho un robo de consideración en casa del conde de Retamar, y entre las alhajas sustraídas de que se había pasado nota á las autoridades, figuraba un alfiler con un brillante de excesivo valor. El conde tenía en tal estima esta alhaja, que con tal de recobrarla, sacrificaba todo lo demás que le habían robado, y por la descripción que había hecho, se podía creer que dicho alfiler era el que estaba en poder de Nicolás.

Mientras que el platero, cumpliendo con un deber, denunciaba al jefe político el huérfano y su protector, estos habían ido á casa del sub-comisario de su distrito, para confiarle provisionalmente el alfiler. El sub-comisario, después de haber escuchado con el mayor interés todas las circunstancias que habían hecho á Nicolás poseedor del diamante, se deshacía en elogios de la honradez del niño, y mando extender acta formal de la entrega que le hacía.

—Conserva siempre, amigo mío, le dijo, esa virtud tan preciosa, y por desgracia tan rara: el cielo te otorgará la primera recompensa en el fondo de tu corazón, y nunca te faltará el aprecio de los hombres de bien.

—Este señor, decía para sí Nicolás, me habla lo mismo que mi padre, que me decía muchas veces: portémonos siempre bien, que si falta una recompensa, nunca faltará otra aquí; y al decir estas palabras se ponía la mano sobre el corazón, conforme lo había visto hacer á su padre.

Apénas había salido á la calle, cuando se encontraron con cinco ó seis agentes de policía y seguridad que llevaban en medio á unos cuantos malhechores sorprendidos en una casa sospechosa. Iban áfados de dos en dos, y miraban con el mayor descaro á cuantos pasaban, riéndose cuando oían decir: «Esos son unos ladrones.»

Nicolás se acercó para verlos; pero de repente se apartó, encarnado como la grana, trémulo y lloroso.

—¿Qué es eso? preguntó su paisano, sorprendido. ¿Qué es lo que te sucede? ¿Conoces por ventura á alguno de esos perillanes?

—Sí que lo conozco, ¡Dios mío! contestó Nicolás. ¿Ve vd. aquel jóven que va en primera fila á la izquierda? Pues es mi vecino Andrés, aquel que me robó la bolsa que mi tutor me había dado. ¡Qué quiere vd.! A pesar de todo, cuando le he visto, he tenido un gran sentimiento.

—Eso prueba tu buen corazón. Debemos compadecernos de todos los desgraciados, aunque lo sean por culpa suya. En cambio de la compasión que nos inspiran, nos dan en lo que les sucede una buena lección. Andrés, por ejemplo, bien podía haber ganado su vida honradamente y estimado de todos; pero en lugar de resistir á sus malas inclinaciones, se ha abandonado á ellas, el vicio se ha arraigado en él y mira á dónde le ha conducido.

Apartóse, al decir esto, del niño para leer un cartel que le había llamado la atención, y entre tanto se llegaron á Nicolás dos hombres decentemente vestidos que le preguntaron con la mayor amabilidad:

—Amiguito, ¿tú eres el que se llama Nicolás?

—Sí, señor, contestó el muchacho muy alegre, creyendo que iba á encontrar colocación.

—¿Y tu paisano, dónde está?

—No está muy lejos por cierto, mírenle vdes. aquí.

—Está bien: de los dos necesitamos.

Pero el protector de Nicolás, en cuanto volvió

la cabeza, conoció como mas experimentado, que aquellos dos sugetos, al parecer caballeros, eran individuos de las rondas secretas de policía; pero como nada tenía que temer, ni por sí ni por el muchacho, se acercó sin tardanza.

—Vd. y este chico, dijo uno de aquellos hombres, quedan arrestados en nombre de la ley. No hay que hacer resistencia, y vengan vdes. con nosotros.

—¿Y adónde hemos de ir?

—A la jefatura política.

Al oír estas palabras, Nicolás se puso á llorar con el mayor desconsuelo, hasta que su paisano le dijo con brío estas palabras:

—¿Por qué lloras, muchacho? ¿Tienes algo por qué arrepentirte? Nos prenden, pero sin duda nos explicarán el motivo, y cuando la conciencia está tranquila, nada hay que temer.

Cuando estuvieron delante del jefe político, éste les dijo con seriedad:

—Un robo considerable se ha hecho en casa del señor conde del Retamar, y vdes. creo que podrán darnos noticias de los autores ó cómplices de este robo.

—¡Un robo! Nada tenemos que ver con eso, ni este niño ni yo, que soy bien conocido hace mas de cuarenta años en Madrid por.....

—Ahorrémos de palabras: lo cierto es que uno de los objetos robados, un alfiler con un brillante, anda en manos de vd. ó en las de este muchacho.

—¿Con que ha parecido el dueño del diamante? ¡Gracias sean dadas á Dios! Desde que este pobre Nicolás se le encontró en mitad del camino real, su mas vivo deseo es devólversele á su dueño.

—Esto nada prueba, replicó el jefe político con aire severo. Un objeto robado se halla en poder de vdes. ¿á quiénes, pues, se ha de acusar como los autores ó cómplices del robo? Van vdes. á tener que justificar su conducta ante los tribunales.

—¡Ante los tribunales! No creo que llegue ese caso.

—¿Cómo que no? replicó vivamente el jefe, admirado de tanta sangre fría; eso es lo que vamos á ver. Empiece vd. por entregarme la alhaja en cuestión.

—Esto es lo que yo no puedo hacer, porque no la tengo.

—Está muy bien. ¡Silencio! Acércate tú..... ¿cómo te llamas?

—Nicolás.

—¡Ah! sí..... Nicolás. Pues bien, Nicolás, ¿cómo has cogido ese alfiler?

—De esta manera, contestó Nicolás haciendo ademán de bajarse al suelo para coger alguna cosa.

—No es eso lo que yo pregunto. Dime, ¿le has cogido en alguna gaveta?

—¡Una gaveta! yo no sé lo que es eso.

—Escucha: ya sabes que no se debe mentir, y sobre todo, que no se debe engañar á la justicia.

—Sí señor.

—Pues bien, vas á entregarme al instante ese alfiler, ¿no es verdad?

—¿Pero cómo lo he de entregar si no lo tengo?

—¿No lo tienen ni uno ni otro? dijo el jefe político con voz alterada, repicando la campanilla. Acudieron varios agentes, á cuya vista, Nicolás se acercó á su protector que sin alterarse, dijo:

—Si usía no me hubiera dicho que callase.....

—Hable vd., hable vd. ¿Qué se ha hecho del diamante?

—Ese diamante está en poder del sub-comisario de nuestro barrio, y él podrá decir quién y para qué se le ha entregado.

Inmediatamente partieron dos agentes, uno en busca del sub-comisario de policía y otro en busca del conde del Retamar. Entretanto el jefe político quiso oír de boca del huérfano las circunstancias que habían acompañado ó seguido al encuentro del diamante, y Nicolás habló con tanta naturalidad y tanto candor, refirió con tal exactitud la conversacion de los ladrones, que el jefe político quedó convencido que no le engañaba. Casi al mismo tiempo entraron el sub-comisario y el conde del Retamar: el uno presentó el alfiler, que el otro recono-

ció al instante por suyo, y se tributó á la verdad el mas brillante homenaje. Todos admiraron las virtudes del amable niño, que en lugar de los rigores que esperaba, fué colmado de caricias.

—El destino de este brillante, dijo entónces el conde, es bastante singular. Como el anillo de Pistirato, que después de arrojado al mar le volvió luego á encontrar en un pez que le sirvieron á la mesa, así el cielo parece ha querido que este alfiler vuelva á poder de su dueño. Hará nueve ó diez años que yendo en compañía de mi esposa á las montañas de Leon, nos vimos asaltados por un violento huracan que volcó el carruaje, causándonos algunas contusiones además del susto. Un leñador acudió á socorrernos, detuvo los caballos y cortando los tirantes evitó que arrastraran al coche, ayudó á mis criados á levantarse, y después de todo esto rehusó la recompensa que le ofrecía. Al llegar al pueblo, donde íbamos á pasar una temporada, mi esposa echó de ménos una cajita con este alfiler y creímos, como así era la verdad, que la cajita se nos había caído al tiempo de volcar. ¡Cuál fué nuestro asombro, cuando dos días después vimos entrar en nuestra casa al honrado leñador, trayéndonos la cajita que él se había encontrado! Nada absolutamente quiso aceptar mas que el gasto que le ocasionaba el viaje de ida y vuelta, y aun así hubo que pasar por la tasación que él hizo. En cuanto volví á Madrid, quise asegurarle una módica pensión trasmisible á sus hijos; pero no me ha sido posible averiguar su paradero, y esta es la hora, señor, en que tengo todavía el sentimiento de no haber podido manifestar mi gratitud al pobre y honrado Mateo el leñador.

—¡Mateo el leñador! exclamó Nicolás, ese era mi padre!

—¿Cómo! ¡tú eres el hijo de ese hombre de bien! Mucho se ha de alegrar, sabiendo que no has degenerado de él.

—¡Ah!..... ¡ya ha muerto!

—¿Ha muerto?..... Pues bien, hijo mío, desde ahora yo soy tu padre y procuraré cumplir la deuda que con el tuyo tenía y con lo que á tí te debo. A las tres en punto te espero en mi casa, y vd., dijo al paisano de Nicolás, acompañará al niño.

Al salir del despacho del jefe político y al cruzar por una galería, se encontró Nicolás de manos á boca con uno de aquellos mercaderes judíos que le habían querido comprar el alfiler. Iba el tal mercader á lo oficina de pasaporte; pero Nicolás le detuvo un momento y señalándole al conde del Retamar que caminaba delante, le dijo:

—Mire vd. allí el verdadero dueño del brillante que vd. me quería comprar por veinte reales.

El judío bajó la cabeza, y como si quisiese esquivar la conversacion, no replicó una palabra y desapareció prontamente de la vista de Nicolás. Este, acompañado de su paisano, estuvo en casa del conde del Retamar á la hora que él les había indicado. El conde les estaba esperando, y al protector del niño le ofreció una buena administración de las tierras que poseía lejos de la córte: en cuanto á Nicolás quiso que se quedase á su lado, para que recibiese instrucción y se pusiese en estado de desempeñar el día de mañana algun modesto destino. Correspondió tan perfectamente Nicolás á estos desvelos, tenía un carácter tan afable y tan ameno, manifestaba tanto agradecimiento al conde, que éste, cada vez mas prendado de él, acabó por asegurarle una suerte independiente, haciéndole donación de las tierras que administraba su paisano.

Nicolás se manifestó merecedor de su buena suerte, conservando la pureza de sus costumbres y las sencillas virtudes de la aldea, á las que añadió únicamente las ventajas de una sólida instrucción. Fué siempre generoso, afable y compasivo: sus beneficios se difundían alrededor de él como un celestial rocío, y cada día su nombre fué mas bendecido por los pobres y los desgraciados. El fué quien cerró los ojos á su paisano y primer protector, endulzando con las constantes pruebas de su afecto los últimos momentos de su existencia. Hoy día Nicolás es el jefe de una familia que le ama y le respeta.

Así es como la honradez de Nicolás quedó triunfante de la picardía con que, no otros niños iguales á él, sino personas adultas, quisieron abusar de su candor é inexperiencia.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCTIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION SEXTA.

Del modo de conducirnos cuando hacemos visitas.

[Continúa.]

XXI

Jamás manifestemos de ningun modo ni aun el mas ligero desagrado, cuando encontremos en una visita, ó llegare despues de nosotros, una persona con quien estemos desacordados.

XXII

Al acto de ocupar un asiento entre dos personas no demos nunca la espalda á aquella de las dos que sea superior á la otra.

XXIII

Luego que se ha tomado asiento es costumbre dirigir á los dueños de la casa, prefiriendo siempre para esto á la señora, alguna pregunta amistosa que comunmente se refiere á su salud y á la de su familia; pero adviértase que jamás se hace esta pregunta en una visita de ceremonia, así como tampoco en ninguna otra que sea de etiqueta cuando no existe en la casa un particular motivo de afliccion.

XXIV

Solo en una casa de mucha confianza podrá un caballero apartar su sombrero de las manos, para colocarlo en un lugar cualquiera de una pieza de recibo, sin ser á ello excitado por los dueños de la casa.

XXV

No nos es lícito ofrecer asiento á la persona que nos recibe, ni indicarle ningun sitio para sentarse, ni hacer esto respecto de otra persona que entre durante nuestra visita; pues toca siempre á cada cual *hacer los honores de su casa*, y cualquiera demostracion obsequiosa que nos permitiésemos hacer en una casa ajena sin un motivo justificado, seria un acto de verdadera usurpacion, y una grave falta contra las leyes de la etiqueta.

XXVI

Sin embargo, cuando los dueños de la casa en que nos encontremos, se ven en la necesidad de atender á un mismo tiempo á varias personas, nos apresuraremos á rendir aquellos obsequios que sean indispensables, los cuales serán considerados como recibidos de los mismos dueños de la casa; reservando siempre á éstos, en cuanto sea posible, los que hayan de tributarse á las señoras y á los caballeros mas respetables.

XXVII

Si acostumbramos tratar con familiaridad á las personas de la casa, abstengámonos de manifestársela cuando estén acompañadas de personas á quienes no podamos nosotros, ó no puedan ellas, tratar del mismo modo; tomando entónces un continente mas ó ménos sério, segun sea el grado de respetabilidad de unas y otras. Igual conducta observaremos, cuando sea á las personas extrañas que se hallen presentes á quienes acostumbramos tratar con familiaridad, y no podamos nosotros, ó no puedan ellas, tratar del mismo modo á las personas de la casa.

XXVIII

Segun esto, siempre que nos encontremos en una casa formando parte de un círculo de confianza, y se incorpore á él una persona que no pueda ser tratada familiarmente por todos los circunstantes, contribuiremos por nuestra parte á que el círculo varíe inmediatamente de carácter, tomando desde luego el grado de seriedad que sea análogo á las circunstancias de aquella persona y de los dueños de la casa.

XXIX

Nuestro continente, y todas nuestras palabras y acciones, deben estar siempre en armonía con el grado de amistad que nos una á las personas que visitemos, y á aquellas de que se encuentren acompañadas; sin olvidarnos jamás de los principios establecidos en los párrafos VII, VIII, IX, X y XI del cap. 1º, ni de los deberes que impone cada una de las diferentes situaciones sociales, segun las reglas contenidas en este tratado.

XXX

De la misma manera, adoptaremos siempre nuestro continente y todas nuestras palabras y acciones á la naturaleza de cada visita, manifestando con moderacion y delicadeza, ya la satisfaccion y alegría que debemos experimentar cuando vemos á nuestros amigos en estado de tranquilidad y de contento, ya el cuidado y la afliccion que deben excitar en nosotros sus conflictos y sus desgracias.

XXXI

En una visita de etiqueta ó de poca confianza, no nos es lícito abandonar el lugar de nuestro asiento, para ir á saludar de un modo especial á la persona que entra ó se retira, ni aun en una visita de mucha confianza, si para ello tenemos que atravesar una gran distancia.

XXXII

Si en medio de nuestra visita se presenta otra persona de la casa, ó entra otra visita, nos pondremos en el acto en pié, y así permaneceremos hasta que haya tomado asiento. Tambien nos pondremos de pié cuando una persona que esté de visita se levante para retirarse, y no volveremos á sentarnos hasta que no se haya despedido.

XXXIII

Las señoras que se encuentran de visita no se ponen de pié, sino cuando entran ó se despiden otras señoras.

XXXIV

Cuando se levante accidentalmente de su asiento una señora ó cualquier sugeto respetable, y haya de pasar cerca del sitio que ocupamos, nos pondremos de pié y no permitiremos que pase por detrás de nosotros. En un círculo de confianza podremos alguna vez omitir el ponernos de pié; mas siendo una señora la que se levante, semejante omision no nos será lícita sino en el caso de que haya de pasar por delante de nosotros.

XXXV

Cuando un caballero se encuentre sentado al lado derecho de la señora ó del señor de la casa, y entre una señora, abandonará inmediatamente aquel puesto para que sea ocupado por la señora que entra.

XXXVI

No nos pongamos nunca de pié para examinar cuadros, retratos, etc., ni tomemos en nuestras manos ningun libro ni otro objeto alguno de los que se encuentren en la sala de recibo, si no somos á ello excitados por los dueños de la casa.

XXXVII

Cuando entráremos ó saliéremos por una puerta, ó pasáremos por un lugar estrecho en compañía de alguna persona de la casa, guardémonos de pretender cederle el paso, pues es siempre el visitante el que debe ser obsequiado por el visitado, y cualquie-

ra demostracion de esta especie seria usurparle el derecho de hacer los honores de su casa. Sin embargo, un caballero deberá siempre ceder el paso á una señora; y al subir ó bajar una escalera, tendrá por regla invariable, si no le es posible ofrecerle el brazo, antecederla siempre al acto de subir, y seguir-la al acto de bajar.

XXXVIII

Cuando el objeto de nuestra visita sea tratar sobre un negocio, y no tengamos amistad con la persona á quien nos dirigimos, luego que la hayamos saludado y tomemos asiento, daremos principio á nuestra conferencia, sin detenernos en hacerle preguntas relativas á su salud, ni en ningun razonamiento que sea extraño á nuestro objeto.

XXXIX

Cuando al dirigirnos á una persona á tratar sobre un negocio, la encontremos acompañada, nos abstendremos de manifestarle el objeto de nuestra visita, hasta que ella misma nos proporcione la oportunidad de hablarle á solas; y si esto no fuere posible, le suplicaremos al despedirnos, se sirva indicarnos el dia y la hora en que podamos conferenciar. Sin embargo, podremos desde luego entrar en conferencia, siempre que el asunto de que vayamos á tratar sea de poca entidad y no tenga ningun carácter de reserva, y que solo sea por muy breves instantes que hayamos de ocupar la atencion de la persona á quien nos dirigimos.

XL

Es altamente impolítico el exigir á una persona un pago en momentos en que se encuentra acompañada. Sin embargo, la celeridad que generalmente requieren las operaciones mercantiles, hace que sea lícito presentar á un negociante en aquel caso un pagaré, una letra de cambio, etc., cuando no es posible aguardar á que se le pueda hablar á solas, y siempre que esto se haga en su escritorio.

XLI

Nunca debemos ser mas prudentes y delicados que cuando visitamos la casa de un enfermo, sobre todo en los casos de gravedad. Si nos es lícito anunciarnos y entrar á la sala de recibo (§ XIII, seccion 5ª del art. 3º), conduzcámonos de manera que bajo ningun respecto nos hagamos molestos; y no vayamos á aumentar la afliccion de los dolientes manifestando temores y alarmas, ó con noticias y observaciones que los hagan concebir la idea de un resultado funesto.

XXLII

Cuando nos encontremos en la casa de un enfermo, guardémonos de pretender que se nos introduzca á su aposento, por íntima que sea la amistad que con él nos una. Toca exclusivamente á las personas de la familia invitarnos á entrar, como que son las únicas que pueden saber cuándo sea esto oportuno, y no hayamos de causar ninguna incomodidad al enfermo.

XLIII

Una vez introducidos en el aposento de un enfermo, permaneceremos á su lado tan solo por el tiempo que nos indique la prudencia, segun la naturaleza de su enfermedad y el estado en que se encuentre; y entre tanto, no le manifestemos que le encontramos grave ni de mal semblante, ni le reprochemos los excesos ó imprudencias que hayan podido acarrearle sus dolencias. Tampoco le indicaremos que otras personas han sufrido su misma enfermedad, si no es para decirle que se restablecieron pronta y fácilmente, ni ménos le daremos noticia de la reciente muerte de ninguna persona; ni le hablaremos, en fin, sobre asuntos tristes ó desagradables de ninguna especie.

XLIV

Cuando en las causas de la enfermedad de una persona hayan concurrido circunstancias notables, de aquellas que generalmente mueven el interés ó la curiosidad, y nos sea lícito inquirirlas, no pre-

tendamos que nos las refiera el mismo enfermo, sino su familia. Este es un relato que naturalmente habrá de hacerse á cada una de las visitas, y no es justo que se imponga tan penosa tarea al que se encuentra en el lecho del dolor.

[Continuará.]

La gallina y el zorro viejo.

[FABULA.]

Una gallina muy jóven,
Cacareando y corriendo,
Sin saber cómo se halló
Léjos de su gallinero.
Conociendo que era tarde,
Volvia con mucho miedo,
Cuando héte aquí que tropieza
Con un zorro de los viejos,
Y empieza á temblar, que no era
El encuentro para ménos;
Pero acercándose el zorro,
La dijo así muy atento:
—Señorita, no me admiro
Que me tengais tanto miedo,
Cuando veis las picardías
De todos mis compañeros:
Yo mudar su inclinacion
Enteramente no puedo;
Pero haré por remediaros
Con mis prudentes consejos.
Con este fin, iba ahora
De prisa al asilo vuestro
A preveniros que corre
Cierta voz en nuestro pueblo,
De que un zorro, tan valiente
Como sagaz y perverso,
A media noche ha pensado
Con sigilo sorprenderos.
Y como yo defender
Vuestra inocencia deseo
Contra sus fieros instintos,
Iba á velar vuestro sueño.
La crédula gallinita
Dijo entre sí: segun veo
Este es zorro muy honrado,
Y llevóle al gallinero.
Pero no bien llegó á verse
El astuto animalejo
Entre la tímida turba
De gallinas y polluelos,
Cuando esgrimiendo los dientes,
Este cojo, aquella deajo,
Hizo la carnicería
Mayor que vieron los tiempos.

*Esta fábula nos dice
Cuánto guardarnos debemos
De los consejos astutos
De todo hipócrita viejo.*

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

BOYELDIEU.

Los barrenderos del teatro de Ruen se hallaban una mañana ocupados en su ordinaria faena de barrer el teatro y limpiar el polvo de las banquetas, cuando uno de ellos, suspendiendo el meneo de la escoba, dijo al otro:

—Me parece que he sentido bullir alguna cosa debajo de los asientos.

—¡Bah! contestó el compañero, serán los ratones que no faltan por aquí.

Continuaron su maniobra; pero al llegar á la última banqueta, la escoba de uno de ellos tropezó en un obstáculo que le hizo exclamar:

—¡Calla, aquí hay alguna cosa!

—A la parte me llamo, dijo acercándose el otro barrendero.

—Mira, mira..... ¡es un muchacho!

Y al decir estas palabras, sacó medio afrastrando á un niño como de doce años de edad y decentemente vestido, pero pálido y temblando de miedo.

—Por Dios, no me hagan vdes. daño, exclamó el niño juntando sus manitas.

—¿Qué haces aquí, buena pieza? le preguntaron los hombres.

—Estaba esperando que se empezase la comedia.

—¡Temprano! y son ahora las nueve de la mañana. Pero á todo esto, ¿cómo has entrado aquí?

—No he tenido que entrar, pues me quedé anoche sin salir, así que se acabó la funcion.

—¿Y has pasado toda la noche en este sitio?

—Sí, señor, durmiendo encima de las banquetas.

—¡En la vida se ha visto una cosa por el estilo! ¿Y todo solo por ver otra vez la comedia?

Conoció el niño que no tenia mas medio para interesar en su favor á aquellos hombres, que el de referirles ingénuamente la verdad; así es que les dijo:

—Todo el dinero que mis padres me habian dado, no alcanzaba mas que para una sola entrada en el teatro; pero yo, que habia formado el proyecto de ver dos veces la funcion, no he tenido mas remedio que quedarme, y aquí tengo los bolsillos llenos de pan para entretener hoy el hambre.

Este proyecto, si manifiesta por una parte la falta de reflexion de los primeros años, prueba por otra parte, cuál era la aficion del niño á las representaciones teatrales, y cuál el medio de que se valia para satisfacer esta aficion tan fuertemente pronunciada.

—Vamos, vamos pronto á casa de tus padres.

—¡Ah! no; déjenme vdes. siquiera ver la comedia de esta noche.

—¿Y no consideras el cuidado con que estarán en tu casa? Sin duda eres tú el niño por quien anoche han venido á preguntar al teatro. ¡Vaya que has tenido una ocurrencia singular!

Hasta entónces no empezó el niño á arrepentirse de su accion, ni se le ocurrió que pudiera ser motivo de grandes disgustos en casa de sus padres. Así habia sido en efecto; pero ellos olvidaron todas sus inquietudes con el gozo de volverle á ver, y su padre le encerró en un cuarto oscuro por no dejar sin castigo aquella falta, diciendo al encerrarle:

—Diviértete ahí ahora, y te aseguro que ha de pasar tiempo ántes que tú vuelvas al teatro.

Este niño fué *Adriano Boyeldieu*, ese famoso compositor de música que ha ilustrado la escena con *La dama blanca*, *Mi tia Aurora*, *Joconda*, *Las dos noches*, y otras obras de suavísima melodía. En sus últimos años gustaba de referir esta aventura de su infancia; aunque no experimentaba la misma complacencia, al recordar la pena que habia causado á sus afligidos padres.

RIVERA.

Frente á un opulento palacio de los muchos que embellecen la ciudad de Roma, tan célebre en el mundo por sus maravillas artísticas, se hallaba un dia sentado un pobre muchacho mal vestido, que con la cartera sobre las rodillas, copiaba con la mayor atencion las hermosas pinturas al fresco que adornaban la fachada del edificio. Un cardenal que pasó en su carroza, pudo observar la extrema aplicación de aquel muchacho, y condolido de la miseria que revelaba su traje, le llamó para hacerle algunas preguntas.

Pudo colegir por las respuestas del muchacho, que era español y natural de San Felipe de Játiva, que se llamaba José Rivera, y que sin proteccion y sin recursos habia venido hasta Roma, solo por estudiar los hermosos modelos que en ella abundaban y perfeccionarse en la pintura á la que tenia una pasión decidida.

Estas noticias no hicieron mas que excitar mas y mas la compasion del cardenal que llevó á Rivera á su casa, para mantenerle y vestirle con la misma decencia que á las demás gentes de su familia. Este cambio de fortuna contrariaba mucho los designios de Rivera, pues no le permitia seguir sus estudios artísticos con aquel fervor que su vocacion reclamaba, y por esto abandonó la casa del cardenal para recobrar su vida de trabajo y de independencia.

Habiendo llegado á Nápoles y viéndose otra vez en la miseria, fué á ofrecer sus servicios á un pintor que no solo tenia obrador público, sino que se ocupaba mas particularmente en la restauracion y comercio de pinturas. Al verle tan jóven y extranjero, dudó el pintor de la veracidad de sus ofertas, por lo que le dijo:

—Pinta una cabeza y sabremos cuál es tu habilidad.

Tomó Rivera los pinceles y ejecutó lo que le pedian con tal prontitud y maestría, que el pintor le admitió desde luego en su casa y formó de él un muy elevado concepto. Despues, cuando se convenció del gran mérito del jóven español y del brillante porvenir que le esperaba, hizo de él la mayor confianza, le manifestó cuanto poseia, y le dijo:

—¡Todo es para tí! Todo cuanto poseo es tuyo, si quieres casarte y hacer feliz á la única hija que me ha dado el cielo.

—Sin duda que tratais de burlaros de mí, contestó Rivera, asombrado de tan inesperadas proposiciones.

—No, te lo juro solemnemente. Si no tienes bienes, eres rico de talento, y para esposo de mi hija, mas quiero á un pobre virtuoso que á un rico necio y presumido.

Este fué el principio de la fortuna de Rivera, de ese célebre pintor que obtuvo despues todas las distinciones y felicidades que el arte glorioso de la pintura puede proporecionar. Todas las academias le abrieron sus puertas, los soberanos le festejaron en sus palacios, y hasta el sumo pontífice le condecoró en el año de 1644 con las insignias de la orden de Cristo.

Sus obras son notables por la fuerza del claro oscuro, y están difundidas con abundancia por todos los museos de Europa. En el de Madrid pueden verse, entre otras bastante notables, *El martirio de San Bartolomé*, *La Escala de Jacob*, *El Prometeo*, *La Santísima Trinidad*, y la magnífica coleccion de *Los doce apóstoles*.

El vestido de arlequin.

(FABULA.)

En dulce compañía
Estaban á un balcon, y en una jaula,
Un cardenal hermoso y un canario
Con una papagaya,
A tiempo que, siguiendo á su pareja,
Un arlequin pasaba.

—Su cara no me gusta,
La papagaya dice; mas me encanta
Aquel airoso cuerpo,
Y el verde del vestido le hace gracia.

—¿Verde el vestido? el cardenal replica;
O tienes cataratas,
O tú, querida amiga, estás durmiendo:
Que es encarnado todo, ¿no reparas?

—Digo, digo compadre;

Póngase vd. las gafas,
Y distinga siquiera los colores.

Con una carcajada
El canario replica: ¿no ve claro
Que es color de limon? ¡Qué linda zambra
Entre los tres armaron!

¡Qué voces! qué algazara
Por sostener cada uno su dictámen!
Al fin un pico-verde que se hallaba

Al balcon inmediato,
Metido en otra jaula,

—Aplacad vuestra cólera les dice;
Todos teneis razon, si se repara,
Pues es verde, encarnado,

Y color de limon: mas, por desgracia,
Solo vió cada uno
El color que le agrada.

*¡A cuántos, por mirar así las cosas,
Las que son negras les parecen blancas!*